

La niñera

Melissa Nathan



Traducción de Beatriz Ruiz Jara



PANDORA

Título original: *The Nanny*
Primera edición

© Melissa Nathan, 2003

Ilustración de portada: © Opalworks

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2009, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

© Pandora Romántica es un sello de La Factoría de Ideas

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-506-6 Depósito Legal: B-27433-2009

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Energía, 11-27

08850 Gavà (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. 10

Para Joshua, Eliana y, por
supuesto, para Avital, mi
Tallulah

A la memoria de Allan
Saffron

Agradecimientos

Quiero darles las gracias a todos aquellos que me han ayudado a descubrir el mundo de las niñeras y de los niños.

Ante todo, a los niños que me permitieron entrar en su universo: Max y Olivia Turner; Nicholas, Imogen, Edward y Joanna Rance; Nicholas, Edward y Louisa Terry; Jo y Roshi Cowan. Y, por supuesto, muchas gracias a sus madres, que me abrieron las puertas de sus casas: Joanna Terry, Patsy Bailey y Alison Turner.

Sin olvidar a las niñeras, en especial a Jean McGrath, Sally Stewart y a la canguro Viktoria Nagy. Y, por descontado, no habría conocido a todas estas personas maravillosas sin la ayuda de Debbie Brazil y Vivienne Kaye, de la Nanny Agency.

Muchísimas gracias a las fabulosas hermanas Grant, a Antonia por su perspicacia propagandística y a Lindsay por sus técnicas en las entrevistas con niñeras; a Neal Williamson, experto en bombarderos de Brixton y rey de la anécdota en cenas y fiestas, y a Anouschka Meredith, por ganar el importantísimo concurso de bautizo de gatos.

Y por supuesto, como siempre, mi mayor agradecimiento para mi agente, la magnífica Maggie Phillips, de Ed Victor, mi hada madrina. Gracias, Maggie, por convertirlo todo en una fiesta. Y a todos los de Ed Victor —en especial a Grainne y a Sophie—, por hacerme sentir parte del equipo. Y a mi editora, Kate Elton, de Random House, por su perseverancia, su dedicación, su ojo de lince, su gesto amable, su sentido del humor y, lo más importante, su oportuno uso del cruasán.

Mi reconocimiento no hace justicia al apoyo que he recibido durante el último año por parte de Alan Wilson, Alison Jones, Katherine Pigott y Rosy Daniels, sin quienes, me atrevo a decir, no habría habido libro.

En un plano más personal, mi mayor gratitud a Jem y Carol, mis padres y a Andrew, como siempre, por ser mi piedra angular.

Gracias a todos.

Prólogo



En Highgate, al norte de Londres, Vanessa Fitzgerald, administradora de cuentas de la agencia de publicidad Gibson Bead y madre de tres niños, miraba fijamente a su nueva niñera con los ojos como platos, llenos de incredulidad.

—¿Que te marchas? —repitió—. ¿Quieres decir... de vacaciones?

—No —dijo Francesca lenta y firmemente—. *Quiego desirg* que me *magcho*.

—Creo que quiere decir que se *magcha*, cariño —dijo Dick, el marido de Vanessa.

—*Quiego...*, eeh, ¿cómo *si dise?* *Viajag*—explicó Francesca. Hubo una larga pausa—. El globo —aclaró.

Vanessa frunció el ceño por la concentración.

—¿Quieres...? —Su voz se fue agotando.

—*Viajag* el globo —repitió Dick mientras se terminaba el güisqui—. Es muy simple, cariño.

—Dick, no estás ayudando —dijo Vanessa—. Esto no tiene gracia.

—Suena divertido.

—Pues no lo es.

—Vale.

Vanessa volvió a concentrarse en Francesca.

—¿Quieres viajar por el globo? ¿Por el mundo? —probó.

—¡Sííí! —gritó Francesca emocionada.

Hubo un silencio.

—¿Y no te puedes llevar a los niños? —preguntó Vanessa.

Francesca miró con extrañeza a su jefa.

—¿Quién es la que no tiene gracia ahora? —dijo Dick dejando el vaso en el fregadero.

—¿Y, entonces, quién va a cuidar de ellos! —gritó Vanessa de repente—. ¡Y no dejes eso en el fregadero, mételo en el puñetero lavavajillas!

Dick se volvió lentamente hacia su esposa.

—No me hago a la idea de por qué nuestras niñeras siempre se marchan —dijo con calma al tiempo que metía el vaso en el lavavajillas con un cuidado exquisito—. Tal vez no les gusta que les griten y les insulten tanto como a mí.

Vanessa le lanzó a Dick una mirada que le dio donde más dolía, justo entre los ojos. Tenía el cerebro pequeño, pero ella aún sabía cómo darle de lleno a la primera.

—O tal vez —le dijo ella— es que están hasta la coronilla de meter tus vasitos en el lavavajillas.

Francesca tosió levemente. Dick y Vanessa la ignoraron; acababa de entregar su dimisión, ya no tenían por qué tratarla con amabilidad.

—Soy yo quien tendrá que encontrar una canguro provisional —le dijo Vanessa a su marido—, y al mismo tiempo tendré que entrevistar a las niñeras para buscar la definitiva, y al mismo tiempo tendré que estar a la altura en mi trabajo, perdón, en mi carrera, porque tú estás demasiado ocupado pavoneándote en esa maldita y patética tienda tuya...

—Resulta que trabajo en esa tienda seis días a la semana...

—Bebes café con leche y te tocas los huevos seis días a la semana, y lo sabes.

Dick sonrió a su mujer y cambió de tema. Vanessa apartó los ojos de él y se concentró en el asunto que tenía entre manos..., que consistía en seguir respirando.

Dios, pensaba que el día ya había sido lo bastante malo: primero la huelga del metro; luego el malnacido del cliente nuevo, que había rechazado su última oferta porque «simplemente no lo entonaba»; y después su asistente personal le había anunciado que el tenso abultamiento abdominal que hasta entonces había identificado como un caso grave de intolerancia a la lactosa era, de hecho, un bebé que vendría al mundo en cuatro meses.

Lo único que había mantenido en pie a Vanessa durante todo el día era la idea de volver a casa en busca de un poco de paz y tranquilidad, con los niños ya apaciblemente arropaditos en la cama, algo de comida para llevar (a no ser que a la niñera se le hubiera ocurrido dejar algo del almuerzo), un poco de vino¹ y un vídeo con el capítulo de la noche anterior de *EastEnders*. En cambio, había llegado a casa y se había encontrado con una niñera que quería *viajag* por el condenado globo.

Bebió un trago de Pinot Grigio. Para ayudarse a respirar.

—Muy bien, Francesca, gracias por informarnos —oyó decir a Dick, como si Francesca acabara de mencionar que uno de los niños había perdido un calcetín. Francesca salió de la cocina.

Dick habló primero, despacio, rodeando con el brazo los hombros de su esposa.

—Vamos —dijo—. Ni siquiera te gustaba.

Vanessa gimoteó, pero Dick la estrechó con más fuerza.

—Sabes que es verdad —susurró mientras le besaba la cabeza—. El otro día perdió a Tallulah.

¹ N. de la t.: En castellano en el original.

Vanessa, exhausta, dejó que su cabeza reposara sobre el hombro de él.

—Volvió a encontrarla —masculló contra su jersey.

Dick soltó una risotada y la rodeó con ambos brazos; sus manos descansaban delicadamente sobre la curva de su espalda.

—Ni siquiera habla bien nuestro idioma.

—Los niños tampoco —señaló su mujer—, y no quiero que se vayan. Al menos no en bastante tiempo.

—Bien —dijo Dick—. Yo tampoco. Vamos a hacer el amor.

Vanessa se tensó.

—Tengo una idea mejor —dijo—: buscamos una niñera nueva y luego hacemos el amor.

Dick suspiró. Sabía mejor que nadie que Vanessa era perfectamente capaz de mantener su palabra, si esta se ceñía a sus principios.

—¿Cuánto tardaremos? —preguntó.

Vanessa se encogió de hombros.

—Depende de lo que estemos dispuestos a pagar.

—Bueno, entonces, es muy fácil —dijo Dick—. Pagaremos oro en polvo.

Se sonrieron. Era un trato. Después de todos esos años, Dick Fitzgerald sabía exactamente cómo seducir a su segunda esposa.



A Jo Green se le pusieron los ojos vidriosos al contemplar la tarta a medio comer, con veintitrés velas desordenadamente dispuestas a su alrededor, que había encima de la mesa. *Qué simbólico*, pensó. En un instante, llamas encendidas en cálida celebración del viaje de la vida, y al siguiente, desmoronado testamento de la decepción y la culpa que las pequeñas cumbres de la vida acarrearán invariablemente consigo. Entonces decidió que realmente tenía que dejar de escuchar a Travis.

Bostezó. Con las luces de la cocina apagadas, un estado de sopor había descendido sobre todos ellos como una niebla repentina.

Su padre, con el primer botón del pantalón desabrochado, se frotaba el estómago con la mano en suaves y rítmicos movimientos circulares, dirigiendo la reposada sonata de viento en celebración de su cuerpo, en varios movimientos.

Jo y su madre cruzaron una mirada.

—En algunos países es un gran cumplido —dijo Jo.

Hilda dejó escapar un bufido.

—Ya, sí, tu padre es que es políglota.

Bill volvió a eructar delicadamente y procedió a frotarse el estómago en sentido contrario.

—No me gusta decirle que pare —murmuró Hilda—. Tiene tan pocas aficiones... —Se levantó de la mesa—. Bueno, ¿quién quiere otra taza de té?

—No me importaría —respondió Bill.

—Yo lo hago —dijo Jo.

—¿El día de tu cumpleaños? —Los ojos de Hilda se arrugaron en una sonrisa que le originó tantos surcos en la carne que casi no dejaban espacio suficiente para la cara—. No digas bobadas.

Bill alisó con las manos la esquina del mantel lenta y cuidadosamente, ignorando resueltamente la femenina batalla de voluntades que estaba teniendo lugar en su presencia.

—Nadie hace la tarta de café como tu madre —le dijo a Jo mientras la señalaba con el dedo.

—No puedes comerte otro trozo. —Hilda encendió la lámpara del techo.

—Oh, vamos —protestó parpadeando—. Es el cumpleaños de la chica.

Hilda se apoyó de espaldas contra el aparador, abrigándose con su chaqueta gris mientras el agua hervía.

—Adelante, pues —suspiró.

Bill le guiñó un ojo a Jo.

—¿Otro trozo para la chica del cumpleaños? —preguntó al tiempo que limpiaba el cuchillo en el borde del plato de la tarta.

—Un pedacito —dijo Jo—. Gracias.

—¿Y para la chef?

Hilda dio una vuelta al agua caliente en el interior de la tetera reservada para las ocasiones especiales.

—Bueno, de todas formas acabaremos por comérmola entera.

Jo miró a sus padres y, cuando recordó que ellos también podían verla, sonrió. Y entonces sus pautas de pensamiento ejecutaron un descenso de proporciones épicas. Empezaron bien altas con un «¿Verdad que soy *afortunada?*» antes de caer en picado sin previo aviso hacia un «¿*Esto es todo?*» Después, con unos pocos segundos de margen antes de explotar en una bola de fuego de autocompasión, formaron una parábola ascendente recuperando su asidero al mundo real con un «*Ay, tengo que devolver el vídeo.*»

Las emociones de Jo llevaban todo el día como una montaña rusa. Su primer pensamiento al despertarse con veintitrés años había sido que se había unido al grupo, siempre en aumento, de gente que odiaba los cumpleaños. Hasta la noche anterior, siempre se había considerado uno de esos individuos afortunados que adoran los cumpleaños. Ahora se daba cuenta de que eso se debía a que, hasta ese momento, había sido joven. Por alguna razón, para ella los veintitrés marcaban el fin de una época de forma más ostensible que una banda sonora de Hollywood.

Mientras sus emociones seguían manifestándose al ritmo de un yoyó, con bastante más énfasis en el «yo» descendente que en el ascendente, la familia Green había iniciado su segunda ronda de té y tarta en medio de un acogedor y, en cierto modo, reverencial silencio.

Demasiado pronto, el servicio regular se reanudó.

—¿Vas a ver a Shaun y a los demás esta noche? —empezó su madre.

—Ajá.

—Es majo ese Shaun.

—Ajá.

La concentración de Hilda se vio temporalmente distraída por un desastrado pedazo de tarta de café, pero no tardó en volver a su cauce.

—Sheila es buena chica, también.

—Ajá.

—Solo tiene que perder un poco de peso —añadió su padre en el momento justo.

Más tarta, más té.

—A ver cuándo James hace lo que tiene que hacer y la convierte en una mujer respetable —musitó Hilda.

—Cuando haya perdido un poco de peso, me imagino —concluyó Bill.

Sus padres acabaron con lo que quedaba de té satisfechos de que, con lo previsible de su conversación, la tierra seguía girando sobre su eje, mientras que Jo experimentaba una súbita y desasosegante visión de una tarta de cumpleaños arrojada contra el floreado papel de la pared.

—Gracias por la tarta, mamá —dijo rápidamente, y se levantó—. Me voy. Hasta luego.

—Adiós, cariño —dijeron sus padres a coro, y su madre se levantó pesadamente para retirar las cosas del cumpleaños.

Al cerrar la puerta de entrada tras de sí, Jo respiró profundamente y se encaminó hacia el *pub*. Procuró no escuchar en su cabeza la conversación que sabía que sus padres iban a entablar ahora acerca de las intenciones que Shaun albergaba hacia ella y trató de concentrarse en su paseo.

A Jo le encantaba pasear. Le recordaba que estaba conectada con la tierra; una obra maestra de perfección funcional que vivía, que respiraba, un acto divino que demostraba que los milagros existían realmente, un monumento a...

—Entonces, ¿quién tiene cara de culo? —dijo súbitamente una voz.

Jo se dio la vuelta y se encontró cara a cara con John Saunders, que estaba merodeando por la esquina de la desértica calle mayor del pueblo. Cualquiera que te dijera que tienes cara de culo te estaría insultando, pero viniendo de John Saunders, cuyo rostro parecía estar vuelto del revés, eso bastaba para que Jo se tranquilizara bastante.

Jo logró esbozar una sonrisa para su ex compañero de clase.

—Tanto mejor para soltarte unas cuantas chorradas —dijo ella—. Vaya, ese *look* a lo estíptico ocupado te sienta de maravilla.

John pestañeó, su boca se crispó y un aire general de desconcierto lo invadió como un aura palpable; Jo sabía que eso significaba que le estaba dando cuerda a su cerebro y decidió salir de allí antes de que le empezara a salir humo por las orejas.

Mientras se alejaba de la calle mayor en dirección al puente, su yoyó emocional experimentó un claro latigazo en sentido ascendente. El puente siempre le recordaba su primer beso con Shaun. Entonces cayó en la cuenta de que aquello había sido seis años atrás, a solo un año de la crisis de los siete años, y casi podía oír el rechinar del «yo» descendente.

Al llegar al final del puente, torció bruscamente a la derecha sin mirar atrás y avanzó por el crujiente sendero de grava, junto al cementerio de la iglesia, disfrutando del ruido que salía de debajo de sus pies.

Se detuvo y miró el cementerio. Se retrotrajo hasta el primer cigarrillo, con Sheila, en su decimoquinto cumpleaños, detrás de «Rachel Butcherson 1820-

1835». Sintió un fugaz momento de rememorado entusiasmo («yo» ascendente) antes de caer en la cuenta de que algo tan prosaico como un cigarrillo nunca volvería a ser..., nunca podría volver a ser..., tan emocionante. «Yo» descendente. *Hay ciertas cosas en la vida, reflexionó, (los trabajos, los amigos, los amantes) para las que uno se hacía un día demasiado mayor.* Se presentaban como un desafío excitante; después, antes de que te dieras cuenta, se transmutaban sin fisuras en un cómodo ajuste, y entonces, no se sabía muy bien cómo, se encogían imperceptiblemente. Pero ¿y la emoción de vivir? ¿Sería también posible ser demasiado mayor para eso? Poco a poco, acabó por quedarse parada. *Sí, bien hecho,* se dijo tratando de volver a enrollar el yoyó. *Ya te has sermoneado hasta la depresión. Estarás orgullosa.*

Entonces dobló la esquina y, pese a todo, se detuvo para admirar la vista. Cada estación del año, cada día, cada hora, una perspectiva distinta de la belleza.

En el horizonte, los árboles alargaban sus finas ramas hacia arriba y hacia fuera sobre un cielo de rosas y azules intensos, como intentando agarrarse a las nubes, que parecían claras de huevo suavemente batidas. Los campos vacíos se abrían hacia ella y una visión idílica de un *pub* de pueblo se acurrucaba entre dos colinas como un gato satisfecho. *Ah, sí,* pensó. *En el fondo, la vida es buena. En la vida de pueblo también hay cosas positivas,* decidió mientras se aproximaba al *pub*.

—¡Eh! —gritó John desde detrás de ella—. ¡Caraculo!

Jo se puso tensa. *Sí,* decididamente había una cosa de la vida de pueblo que estaba clara: uno no se libra fácilmente de los tontos del pueblo.

Jo fue la primera del grupo en llegar al *pub* aquella noche. Se sentó en la esquina de siempre, contemplando la vista. Desde aquel lado del local no se distinguía el rubor de la puesta de sol, de modo que ahora el cielo era una pesada tapa gris carbón. Desde allí se podría pensar que no había habido sol en el cielo en todo el día. Pensó distraídamente en cambiar la disposición de los asientos, sabiendo que el efecto se vería completamente anulado por las quejas y las burlas de la pandilla.

¿Será eso lo que no funciona en mi vida?, pensó repentinamente. ¿Sería que los demás estaban bloqueando toda esa luz? ¿Viviría sencillamente en el lugar equivocado, en un lugar sin luz? Lo dejó cuando sus pautas de pensamiento empezaron a recordarle a su madre, un alarmante fenómeno cada vez más habitual. Una mujer maravillosa, su madre, pero no era la clase de persona con la que uno se querría quedar atrapado en un ascensor.

Necesitaba distraerse. Se concentró con todas sus fuerzas en la belleza más sombría que aquella vista ofrecía. No necesitaba enfocar el reflejo de la ventana para saber lo que sucedía a sus espaldas: el viejo Budsie estaría sentado junto a la barra, sonriendo a todo el mundo, bebiéndose la vida lentamente; la última

remesa de muchachos habría llegado para pasar la noche, y estarían riéndose a voz en grito de sus propios chistes mientras escudriñaban el local en busca de alguien con una cantidad decente de estrógeno y agua oxigenada.

Jo conocía a todos y cada uno de los chavales. Los conocía desde que iban a la escuela, cinco años por detrás de ella. Sabía que Tom Bath, con su cabeza rapada y su ceja perforada, había interpretado a José en la función navideña de 1990 y se había mojado los pantalones en el escenario. Él dijo que había sido el asno, pero todo el mundo lo sabía. Chris Saunders, con su chaqueta de cuero y su pelo engominado, había vomitado por todo el tobogán cuando Annabel Harris trató de besarlo en cuarto curso. Y luego estaba Matt Harvey, cuyo padre era policía. Matt llevaba desde los trece años fumando hierba en el colegio en un desesperado intento de deshacer el agravio que el trabajo de su padre le había causado a su credibilidad. Desgraciadamente, no había hierba suficiente que cambiara el hecho de que Matt tenía orejas de conejo.

Se abrió la puerta y Jo se volvió a mirar. Vio entrar a Shaun con los pómulos por delante. *Tienes que respetar eso en un hombre*, pensó. No importaba lo que sucediera en el resto de su cuerpo (una ligera solidez en su contorno, un indicio de recesión a lo largo de la línea del nacimiento del cabello y cada vez más arrugas de expresión en torno a aquellos pequeños ojos azulitos), sus pómulos estaban allí para quedarse.

—Muy bien, nena —la saludó con ternura—, feliz cumpleaños.

La besó en los labios mientras le acariciaba el brazo con la mano.

—Yo invito —dijo, y se fue a pedir las bebidas.

Jo lo miró acercarse a la barra, donde se sacó del bolsillo del vaquero un fajo de billetes de diez y saludó al barman con un gesto familiar. Empezó a pensar qué pasaría si cambiara de repente la costumbre de toda una vida. Si se levantara ahora mismo en medio del *pub* y gritara: «¡No! ¡No quiero un Southern Comfort con limón! ¡Quiero... un bloody mary!».

Se imaginaba un contrito silencio. La perplejidad en los ojos de Shaun. Y el efecto dominó: habría otros que se verían forzados a reconsiderar sus propias bebidas. Era demasiado como para pensar en ello. Ya veía el artículo en el *Niblet Herald*: «Joven lugareña cambia de bebida. Sus padres están demasiado consternados para declarar. "Niblet-upon-Avon no es la clase de lugar en el que ocurren este tipo de cosas", dijo ayer el encargado...».

Por otra parte, pensó, *tal vez Shaun quiera sorprenderme con una copa de champán*. Cuando él se dio media vuelta para acercarse, Jo le ofreció una gran sonrisa. Él dejó caer en la mesa, con gran ceremonia, un Southern Comfort con limón y una pinta de Guinness. Reconoció el gesto ceremonioso («yo» descendente) como su regalo de cumpleaños. Mientras regresaba a la barra a por las

pintas para James y Sheila, Jo consideró brevemente la posibilidad de rociárselas por encima de la cabeza.

Antes de que Jo y Shaun terminaran de dar el primer trago, James y Sheila, la otra mitad de la pandilla, aparecieron junto a la mesa. Se quitaron los abrigos y ocuparon sus asientos para pasar la noche.

Sheila había sido la amiga de Jo, y el indicador de los acontecimientos acaecidos en su vida, durante buena parte de los últimos diez años; y, por una milagrosa casualidad, James, su novio de tantos años, había sido el mejor amigo de Shaun en la escuela. Las coincidencias milagrosas tenían un estatus algo menor en un pueblo tan pequeño. El cuarteto se había convertido en toda una institución antes incluso que sus relaciones individuales.

—No lo vais a adivinar en la vida —dijo Sheila en voz baja, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes.

—¿Qué? —preguntó Shaun sin volverse, con la mirada firmemente clavada en su pinta.

Sheila fue a ocupar su asiento, junto a Jo, mientras les dedicaba una sonrisa a cada uno como respuesta y concediendo un silencio dramático antes de contestar. Al mismo tiempo, James tiró hacia arriba de las perneras de sus pantalones de algodón y se sentó al lado de Shaun, enfrente de Sheila.

—Ah, el omnipresente señor Casey —saludó a Shaun, como si Sheila no hubiera dicho nada.

—Ah, la omnipresente palabra «omnipresente» —respondió Shaun deslizando la pinta de James hacia su amigo.

—Ah, la omnipresente palabra «palabra» —contestó James cogiendo su vaso.

Jo los vio alzar sus pintas, con los codos sobresaliendo hacia fuera para reivindicar el espacio masculino. En verdad, no creía haber oído nunca a Shaun y a James mantener una conversación. Se limitaban a entablar infinitas series de juego, set y partido empleando lengua y cerebro en lugar de raqueta y bola. Se preguntaba qué sucedería si alguna vez tuvieran que comunicarse algo de verdad. Probablemente ambos sufrirían una combustión espontánea.

Por fin, los hombres dejaron los vasos de cerveza y se secaron la boca.

—Ah —empezó James—, la omnipresente pinta...

—Cierra la boca, James —lo interrumpió Sheila—, si no quieres que te apuñale.

James cerró la boca.

—Eh, Sheila —dijo Shaun—, cuéntanos de una vez lo que te ronda por la cabeza.

—¡Ja! —exclamó Sheila—. De esa no te recuperarías tan fácilmente, amigo.

James le balbuceó algo incoherente a su pinta y Jo creyó haber captado la palabra «arpía», aunque no estaba segura del todo.

Sheila se volvió hacia Jo y le dio su regalo.

—Es una mierda, y seguramente ya tienes uno.

—¡Vaya! —exclamó Jo—. ¡No tenías que haberte molestado! ¿Puedo abrirlo ahora o...?

—¡Bueno! —gritó Sheila—. ¡Te lo juro! ¡No lo vas a adivinar nunca!

Jo dejó el regalo en el suelo, junto a su bolso.

—¿Qué? —preguntó.

—Maxine Black y... —pausa dramática— ¡el señor Weatherspoon!

Sheila consiguió la reacción que buscaba, incluso por parte de Shaun. Hasta los chavales del rincón se quedaron sin habla. Budsie dejó de beber por un momento. Todos conocían al señor Weatherspoon, el profesor de religión, que tenía un buen surtido de jerséis de Aran y los antebrazos más peludos a ese lado de las Midlands. Jo estaba horrorizada.

—Me acabo de enterar —se apresuró a decir Sheila—. Maxine se lo estaba contando a Sandra Jones en la tienda, justo al lado de las judías en salsa, y me las he apañado para oírla.

Jo se horrorizó todavía más.

—¡Bien hecho, Sheila! —la felicitó Shaun.

—¡Pero el señor Weatherspoon tiene trescientos años! —exclamó Jo.

—¿Estamos hablando de un magreo rápido o de un completo? —preguntó Shaun.

—¿Un «completo»? —repitió Sheila—. ¿Así es como llamáis los albañiles de hoy en día al sexo?

Shaun respiró profundamente.

—Yo no soy albañil, soy propietario de una empresa de const...

—¿No deberíamos decírselo a la policía? —preguntó Jo—. Tiene que ser ilegal.

—Ya te digo que tiene que serlo —dijo James—. Maxine Black es una vaca.

Shaun se rió y asintió hacia su amigo por encima de la pinta concediéndole un punto en su partido de dobles contra las damas.

—Es tan viejo —insistió Jo—. Lo debe de dejar hecho polvo.

—He hecho mis cálculos —dijo Sheila—. Weatherspoon no es tan viejo. Cuando nosotros empezamos la primaria solo tenía veintiuno.

Todos hicieron un descanso para asimilar aquel dato.

—Oh, Dios mío —susurró por fin Jo—. Era más joven de lo que somos nosotros ahora.

—Eso es —dijo Sheila—. Apenas era mayor de edad.

—Y ahora —continuó Jo catapultándose desde su trampolín emocional y aterrizando directamente de culo— es tan viejo que necesita acostarse con niñas para recordarse que está vivo.

—Ella tiene diecisiete —corrigió Sheila—. Y lleva acostándose con tíos..., o haciendo «completos», como se diría en el elitista mundo de la construcción, desde que tenía doce años.

—Creo que voy a vomitar —dijo Jo.

—Yo también —murmuró James—. Entonces era como dos vacas.

—¿Por qué vas a vomitar? —le preguntó Shaun a Jo.

—¡Porque somos más viejos de lo que era el señor Weatherspoon cuando nos daba clase! —gritó Jo—. Y entonces nosotros pensábamos que estaba prácticamente muerto. Eso, a nosotros, nos hace oficialmente viejos.

—Así es, nena —dijo Shaun guiñándole un ojo—. Tú tendrás pronto tus propios críos.

Sheila se atragantó teatralmente.

—¡Vaya, Jo! —gritó—. Creo que Shaun se te acaba de declarar. ¡Qué mono!

—¿Quién quiere otra ronda? —preguntó James.

—¡Por el amor de Dios! —chilló Jo—. Me va a dar un ataque de nervios aquí mismo. ¡Tengo veintitrés años! ¡He tocado techo! Lo único que me espera son almorranas y zapatos ortopédicos.

Se hizo un silencio.

—No te preocupes, vieja —dijo James—. Todavía tienes las piernas de una potrilla.

—Vale —dijo Jo levantándose—. Me voy a casa.

Veinte minutos más tarde, Shaun, Sheila y James se alegraban de haber convencido a Jo, mediante el uso de argumentos sensatos y convincentes, de que se quedara. No se le pasó por la cabeza que su única alternativa era una larga velada con sus padres.

Eran casi las once cuando logró definitivamente librarse de ellos con la promesa de que realmente quería estar sola. Dejó a Sheila flirteando con los chavales del rincón y a Shaun dándole a James una buena tunda al billar, y dio un tranquilo paseo de vuelta a casa de sus padres procurando saborear el silencio, el cielo nocturno y el vivificante aroma a promesa que adoraba en las noches de primavera.

Jo nunca pasaba la noche en casa de Shaun entre semana, ni siquiera en ocasiones especiales, como un cumpleaños. La ética de trabajo de los padres de él había demostrado ser más fuerte que su código de moral sexual; el resultado era que solo podían aceptar la posibilidad de que practicara el sexo prematrimonial si no lo hacía en los días laborables.

Jo los envidiaba. Por lo menos creían en algo. Ella ya no creía ni siquiera en el trabajo. Aquella era otra de las promesas de la vida que habían acabado por convertirse en una enorme nada. Vio cómo su suspiro se materializaba en el aire nocturno en forma de humo de dragón que salía de su boca; era la prueba, si bien efímera, de que sus sentimientos era auténticos.

De niña, Jo siempre había sido una de las mejores alumnas de su clase. Alentada por profesores entusiastas, había soñado con que algún día estudiaría

rodeada de pináculos y de historia, en compañía de fervorosos colegas y estimulantes genios. No tenía ni idea de qué quería estudiar, solo sabía que quería estudiar algo.

Luego, a los trece años, mientras veía un documental con sus padres una tarde de colegio, descubrió que existía una materia llamada Antropología. ¡Una disciplina entera que estudiaba a las personas y cómo actúan estas en el seno de una sociedad! Inmediatamente anunció que eso era lo que estudiaría cuando fuera mayor. Su madre había levantado la vista de su labor y su padre había asentido antes de cambiar de canal y poner a Wogan.²

A Jo no le importó la indiferencia que demostraron sus padres ante sus aspiraciones. Al igual que cualquier otro adolescente, creía firmemente que las opiniones de sus padres tenían poca relevancia en lo que a sus grandes planes se refería. Pero entonces, de forma gradual, tan gradual que no notó cómo lentamente la idea se iba abriendo paso a través de su resolución, acabó por ver lo absurdo de aquel sueño. Tanto en su círculo íntimo de amigos como en el más amplio círculo de relaciones vagas, solo conocía gente que había estudiado algo útil. Incluso Bill Smith, dos años mayor que ella y destacado genio que había ido a Oxford, había estudiado medicina, una carrera que conllevaba una evidente recompensa. Y, de todas formas, todo el mundo sabía que no tenía amigos y que sus padres eran testigos de Jehová. ¡Y siete años de estudio! ¡Siete años de salario, trescientas sesenta y cuatro semanas de nóminas, desperdiciados! ¡Y mientras tanto, pagando por ese privilegio! Era de tontos. En cualquier caso, los Smith siempre habían creído que estaban por encima del resto.

Así, Jo se hizo a la idea de que gastar tres años de su vida estudiando por estudiar no era más que un lujo y el derroche de un tiempo precioso. Estuvo de acuerdo con su padre en que aquel era, probablemente, el momento más importante de su vida, el momento en el que tendría que tomar las decisiones que determinarían todo lo que estaba por venir. Estaba siendo pragmática y estaba orgullosa de ello.

Y el pragmatismo le indicaba la dirección, más útil, de formarse como niñera. Le encantaban los niños, y parecía que a ellos también les gustaba ella; ¿por qué no utilizar eso para ganar un salario aceptable? Y fue así como Jo decepcionó a sus profesores, contentó a sus padres y aparcó su sueño para guardarlo bajo llave como lo que era, un sueño, mientras se apuntaba a la escuela municipal. Allí obtuvo su título, que, aunque no era el de antropóloga, le proporcionó un buen currículum y le procuró un buen sueldo en cuestión de semanas. Tras pagarles a sus padres un alquiler convenido y ayudarlos con el presupuesto semanal para comida, el resto era todo suyo. Y durante los primeros cuatro años que pasaron después de dejar la escuela, estuvo completamente satisfecha.

² N. de la t.: Sir Michael Terence Wogan es un famoso presentador británico de radio y televisión.

No había sido hasta una fecha reciente que ciertas cuestiones fundamentales sobre la profesión de niñera habían empezado a preocuparle, tales como: ¿cómo era que no tenía perspectivas de ganar más dinero?; ¿cómo era que, trabajando tantas horas, no había posibilidades de hacer carrera y se encontraba estancada dándose cabezazos contra un techo de cristal salarial tan bajo que podía pasar por debajo haciendo el limbo?; ¿y cómo era que sus jefes, que tenían menos sentido común que ella y no tenían ni pizca de inteligencia emocional, trabajaban menos horas que ella, y sin embargo podían permitirse pagarle una parte de su propio salario?

Cada mañana se plantaba en la parada del autobús, en medio de una oscuridad heladora, luego se apretujaba para subirse al atestado vehículo y dirigirse al centro. Iba andando hasta la casa de su jefe, donde aún estaban tomando el desayuno cuando ella llegaba. Mientras Jo empezaba a recoger la vajilla usada y se hacía cargo de los niños, la madre en cuestión se montaba invariablemente en un coche familiar para largarse en dirección a una oficina luminosa, limpia y ordenada, dejando el lugar de trabajo de Jo con la apariencia de un campo de batalla. Después, a una hora indefinida entre las seis y las ocho de la tarde, dicha madre regresaba a casa, le decía a Jo lo agotadora que había sido su jornada y dirigía una pequeña reunión de puesta al día sobre todo lo que el pequeño Joey o Jack había dicho, hecho o cagado. Solo entonces tenía permitido Jo el privilegio de volver andando a la parada, esperar el autobús en medio de la oscuridad heladora y regresar a casa.

Pero bueno, ¿cómo se podía admitir algo así? ¿Cómo podía ser que un realismo así de obediente, aceptado a la tierna edad de dieciséis años, estuviera tan mal recompensado? Se sentía como si se hubiera saltado la calle correcta y hubiera acabado en un callejón sin salida antes incluso de haber hecho el examen de conducir. Peor aún: le llegaban ofertas de trabajo de madres cada vez más jóvenes, y la sola idea de que una mujer solo un par de años más mayor que ella le pagara una miseria la hacía sentirse incompleta. Para colmo, cada vez le preocupaba más el hecho de que si Shaun y ella no anunciaban algo pronto, sus padres se declararían a él directamente. Ella nunca les había contado que hacía dos años que había dejado de pedírselo, después de que ella lo rechazara por tercera vez sin más motivo que el hecho de que no le parecía que fuera el momento.

A Jo se le antojaba increíble que si una pareja había estado saliendo durante un tiempo sin anunciar nada, la gente siempre pensara que se debía a que la chica esperaba eternamente a que el chico se lo pidiera. Incluso en el siglo veintiuno, incluso cuando la gente debería ser más consciente, incluso cuando la chica era su propia hija, allí seguía aquella suposición ingrata, insultante y antigua minando poco a poco la reputación, el atractivo y la inteligencia de la chica.

La verdad era que cada vez que Shaun se había sentado frente a ella en un restaurante abarrotado, se había puesto pálido y se había declarado, ella había

tenido que ocultar su consternación. ¿Cómo podía haber estado con ella todo aquel tiempo sin darse cuenta de que, en el caso de una decisión vital tan importante como esa, antepondría la razón a cualquier noción determinante y desfasada de «romance»? ¿De verdad pensaba que se trataba de una decisión que ella querría que él mantuviera en secreto? ¿De verdad pensaba que ella quería empezar su vida matrimonial sintiendo que el papel de Shaun se reducía a tomar las decisiones y el de ella, a manifestarse a favor o en contra de ellas? O, más importante aun, ¿que ella sería capaz de darle una respuesta en un restaurante abarrotado, cuando no podía ni decidir qué quería tomar de primero? Y, de todas formas, le daba la sensación de que era algo así como despedir a alguien en un lugar público para evitar un escándalo. Algunas veces se preguntaba si ahora llevaría años casada con Shaun, de haberse atrevido él a hablar realmente del asunto con ella, en lugar de presentárselo como un hecho consumado con un abanico de posibilidades.

Llegó al final de la calle y se detuvo un instante para contemplar las negras sombras aterciopeladas de las colinas distantes, su consuelo habitual. Con un peso cada vez mayor en el estómago, por primera vez en su vida fue consciente de que las colinas habían dejado de ser parte de la vista para convertirse en el velo que ocultaba el auténtico paisaje.

—De acuerdo —dijo Vanessa dedicándole una luminosa sonrisa a la linda jovencita que tenían en la cocina, mientras Dick echaba una ojeada al currículum de la chica—. Solo tenemos unas preguntas que hacerte.

—Dispare —sonrió la chica.

Vanessa se hizo con el currículum que Dick tenía en la mano.

—¿Cómo reconocerías una meningitis?

La chica se revolvió en su asiento.

—Buscaría un sarpullido.

Vanessa y Dick asintieron mirando a la chica.

—Le preguntaría al niño si se encuentra bien... —continuó la chica—, y si no se encontrara bien, llamaría al médico. O —siguió mientras esbozaba una amplia sonrisa— llamaría a mi novio. Es médico. En el King's. Buscaríamos un sitio para irnos a vivir juntos, pero de momento tiene que quedarse interno allí.

Vanessa soltó el currículum y Dick se apresuró a tomar el relevo.

—¿Fumas? —preguntó.

—Solo fuera —contestó muy seria con sus ojos verdes clavados en él.

—¿Solo fuera? ¿Qué? ¿Quieres decir que...?

—Bueno, me aseguro de que el niño está ocupado, viendo la tele o lo que sea, y me escapo afuera. Creo que no es bueno que me vean fumar.

—Bueno, gracias... —empezó a decir Vanessa.

—Entonces —dijo Dick acto seguido—, ¿qué te gusta cocinar para un niño?

—Pues las mismas cosas que me gustan a mí. Pienso que los niños deberían empezar a comer comida para adultos cuanto antes. No creo que sea sano que estén comiendo comida para niños todo el tiempo. Los malcría.

¡Ajá! Ambos se inclinaron hacia delante.

—¿Y qué clase de comida te gusta? —preguntó Vanessa.

—Palitos de pescado. Hamburguesas. Me encantan las patatas fritas. Y Tommy K, por supuesto.³

—Muchas gracias por venir —dijo Vanessa—. Creo que no tenemos más...

—¿Tienes alguna pregunta? —le preguntó Dick a la chica.

—Ah, pues, en realidad, sí —dijo ella—. ¿Qué marca de móvil tendría?

Diez minutos más tarde, estaban sentados esperando a que llegara la siguiente niñera.

—Con esta van dos semanas enteras y hemos visto a diez chicas —comentó Dick—. Es ridículo.

—Son dos semanas enteras y diez chicas que yo he visto —dijo Vanessa—. Tú has visto a tres. Y no pienso dedicarle otro sábado yo sola, ya te aviso.

—De acuerdo —contestó Dick—. Pero así no vamos a ninguna parte.

—Bueno, ¿y qué propones tú? —preguntó Vanessa.

—Solo creo que estamos siendo un poco rigurosos.

—¿Rigurosos? ¡Se trata de la persona que va a educar a nuestros hijos! ¡Claro que somos rigurosos!

—Bueno, solo pienso que tal vez no estás siendo... no estamos siendo realistas.

—¡Pues claro que no estoy siendo realista! —gritó Vanessa—. Estoy siendo impulsiva, subjetiva, exigente y estoy llena de esperanza. —Se desplomó—. ¿Por qué crees que es tan deprimente?

—A lo mejor nuestro presupuesto no llega para quedarnos con la flor y nata.

—¡Nooo! —se lamentó Vanessa—. No puede ser. Trabajamos tanto. Nos merecemos lo mejor.

—Pero son solo seres humanos, Ness.

—Lo sé —suspiró Vanessa—. El que patente el robot niñera morirá rico.

—¿Eso es lo que andamos buscando? —preguntó Dick—. ¿Un robot?

—No. Te diré lo que andamos buscando. —Vanessa se sentó muy erguida—. Andamos buscando a una chica joven y agradable, que proceda de un entorno familiar agradable y estable, que no tenga vida social en absoluto, y con un novio que viva muy lejos; que no tenga aficiones ni fobias, por descontado. No debe fumar, ni ver la televisión durante el día. Tiene que saber conducir y estar obsesionada con nuestros hijos, ellos tienen que ser su vida, hasta que

³ N. de la t.: Tommy K es una marca que comercializa productos dietéticos y suplementos vitamínicos.

volvamos a casa, y entonces debe retirarse y sentarse en su cuarto durante toda la noche mirando las paredes. Tiene que tener plena conciencia de la salud de los niños, pero no de la suya propia. Tiene que hablar con delicadeza, pero también ser firme; tiene que tener formación en cuidado infantil, ser inteligente y tener sentido común; tiene que ser desinteresada, ordenada, cariñosa, hábil, imaginativa y limpia, y tener una amplia tolerancia al aburrimiento. Y en bikini tiene que estar peor que yo.

Se hizo un silencio.

—Bueno —se atrevió a decir Dick en voz baja—, creo que, tal vez, no estás siendo razonable.

—¡Pues claro que no estoy siendo razonable! —gritó Vanessa—. ¡Soy madre! Sinceramente, Dick, a veces me pregunto si escuchas algo de lo que te digo.

—Ah, querida —suspiró Dick—. No me extraña que este proceso se alargue tanto. ¿Algún otro requisito que deba saber? ¿Hay algún número de pie ideal?

—Y me tiene que gustar —recordó Vanessa—. No como amiga, no quiero una amiga, quiero una empleada. Pero va a vivir en mi casa...

—Nuestra casa...

—Y será alguien con quien quiera hablar todas las tardes, mientras tú ves la televisión.

Hubo una larga pausa durante la cual Dick sirvió dos copas bien cargadas.

—¿Por qué serán todas tan jóvenes? —se preguntó en voz alta—. En los viejos tiempos todas eran señoras de grandes pechos con delantalitos almidonados y caras de llevar la batuta mientras los padres vivían su vida.

—Sí, querido, y estaban secretamente enamoradas del mayordomo.

Sonó el timbre.

—Ya voy yo, cariño —dijo Dick—. Veremos si hay algún milagro esperándonos.

Abrió la puerta principal. Ante él apareció una mujer en la cincuentena que llevaba puesto un tipo de traje de chaqueta que Dick no sabía que seguía existiendo. Tenía el pecho como una tabla y cara de rana. Se quedó realmente asustado.

—Pase —dijo poco convencido. Ella lo siguió por el pasillo y, para cuando llegaron a la cocina, Dick prácticamente iba corriendo. Se hicieron las presentaciones y dieron comienzo a la entrevista.

—¿Qué le gusta cocinar para los niños? —preguntó Vanessa.

—Deben comer fruta y verduras frescas dos veces al día —dijo la mujer con firmeza—. Consultaría con ustedes el menú semanal y los acostumbraría a una rutina. Eso les da a los niños estabilidad y les enseña que no son ellos quienes están al mando, sino ustedes, a través de mí.

—Gracias —dijo Dick haciendo ademán de levantarse—. Creo que no tenemos más...

—¿Tiene usted familia? —preguntó Vanessa. Dick se sentó.

—Mis dos hijas viven en el extranjero —dijo la mujer—. Me quedé viuda en 1979. Estaría encantada de quedarme con los niños cualquier noche. Y los fines de semana.

—Creo que eso es todo, ¿no es así, cariño? —Dick se volvió hacia Vanessa, que no le hizo ni caso.

—¿Cuáles son sus aficiones? —preguntó.

—Hacer punto y cocinar.

—¿Fuma?

—No. Es un hábito repugnante.

—¿Le gustaría ver a nuestros hijos? —preguntó Vanessa ignorando el ligero balanceo que estaba empezando a sufrir Dick.

—No —dijo la señora—. Me gustan los niños, sean quienes sean.

Vanessa no respondió inmediatamente.

—Ah —dijo—, ya veo.

—¡Bueno! —dijo Dick levantándose casi de un salto—. Muchísimas gracias por venir, ha sido tremendamente amable, me encanta ese traje...

Fue a despedir a su última entrevistada de esa semana mientras Vanessa, desconsolada, se quedaba en su sitio con la mirada perdida.

El lunes fue un día agradable y claro en Nibleton-upon-Avon, por lo que el parque estaba bastante concurrido, lo suficientemente concurrido como para que Jo y su amiga niñera, Edwina, se vieran obligadas a compartir su banco con una anciana que lucía un abrigo de viejo y un bigote de adolescente.

Se quedaron sentadas mientras no quitaban ojo ni un instante a los niños que tenían a su cargo, que, como era natural, cargaban a su vez contra todo lo que se les ponía por delante. Davey, de tres años, era el último chiquillo de Jo. Su hermana ya iba a la escuela y él no tardaría en empezar a ir a la guardería, todas las mañanas durante tres horas. Él no veía el momento, y Jo y la madre de Davey procuraban no tomárselo como algo personal. Jo había sido la niñera de Davey desde que este tenía seis meses y lo adoraba. Cuando empezara a ir a la guardería, la satisfacción que le daba el trabajo se vería reducida considerablemente.

Se volvió y miró a Edwina, que estaba peinando el *The Lady* en busca de un nuevo empleo. Edwina estaba a cargo de Nancy, un pequeño cielo de niña necesitada de atención gracias a que sus padres eran exactamente lo contrario. Edwina había llegado al límite de su tolerancia con la madre y, al igual que tantas otras niñeras que se habían encargado de Nancy antes que ella, se pasaba la mayor parte del tiempo que estaba con la criatura buscando desesperadamente otro trabajo.

Jo volvió la vista hacia los niños. Tras un instante, los vio sentados juntos al lado de un árbol, en el rincón más alejado.

—Eh... —le dijo a Edwina—, ¿crees que Nancy debería estar haciendo eso?

—Seguramente, no —murmuró Edwina sin alzar la vista.

Finalmente, Edwina dirigió la mirada hacia la niña. Nancy se estaba quitando las braguitas y le enseñaba a Davey el lugar en el que Barbie las había autografiado personalmente en rosa.

—Oh, otra vez no —suspiró Edwina, y dejó la revista, se levantó del banco y fue andando a regañadientes hasta donde estaba Nancy.

Jo vio a los niños alzar las braguitas de Barbie por encima de sus cabezas, con el feliz desconocimiento de que su análisis de autenticidad estaba a punto de ser severamente interrumpido. Entonces una sombra se cernió sobre ellos y cuatro ojos inocentes se alzaron hacia Edwina a través de los agujeros, adornados con puntillas, de las piernas.

Jo miró el reloj. Otra media hora de juegos antes de que llegara la hora de la recogida. De pronto, una cálida y acogedora brisa acarició el aire y Jo cerró los ojos por un instante y se reclinó en el banco. El sonido de las risas de los niños y el ladrido de los perros la relajaron. *Vive el momento, se dijo. Simplemente, vive el momento.*

Debió de quedarse dormida, porque el suave murmullo de las páginas brillantes agitándose con la brisa traspasó su conciencia despertándola de una duermevela en la que Hugh Jackman llevaba puesto solamente un delantal y una sonrisa junto al fregadero de la cocina de su madre. Abrió los ojos y miró la revista que Edwina había dejado a su lado, en el banco. Nunca se había interesado por *The Lady*, todos sus trabajos la habían encontrado a ella; pero algo la indujo a cogerla. Pensó en Alicia en el país de las maravillas al coger la botella que rezaba «Bébeme».

Leyó por encima las páginas de anuncios para niñeras y se vio a sí misma como una mercancía muy solicitada. Empezó a pasar páginas con la sensación de haber descubierto una capa nueva de bombones, cuando creía que lo único que quedaba en la caja era mazapán de naranja.

Por fin, sus ojos se posaron sobre un anuncio en particular. Tenía un marco negro muy bonito.

«Se busca niñera agradable y cariñosa para familia trabajadora en Highgate Village, Londres. Permiso de conducir con todos los puntos; imprescindible no fumador. A cargo exclusivo de tres niños de ocho, seis y cuatro años. Uso exclusivo de Renault Clio; *suite* con televisión y DVD».

Al principio creyó que el sueldo era el número de apartado de correos. Lo volvió a leer, esta vez más despacio. Y entonces lo leyó una vez más.

Highgate Village. Era un bonito nombre, de sonoridad pintoresca, pero estaba en Londres. No había estado en Londres desde que era adolescente,

cuando se fue de marcha por allí con un grupo de amigas. Recordó lo emocionante que había sido descubrir la cantidad de posibilidades que había, incluso en plena noche. Volvió a mirar el anuncio.

Tres niños... Nunca había cuidado a tres niños a la vez, pero sabía que necesitaba desesperadamente un desafío. Y el coche... Y la *suite*.

Después de leerlo un par de veces más notó que el corazón le latía con fuerza. Sintió el estallido de nuevas y deslumbrantes ideas dentro de su mente. Con todo ese dinero podía economizar algo; tal vez hasta podría ahorrar algo por primera vez en su vida. Volver a casa y dar la entrada para un piso pequeño. O utilizarlo para pagar algún curso en la universidad... Todavía era joven, podía empezar de nuevo, sus padres lo entenderían...

De pronto echó el freno: no podía dejar a mamá y a papá, no sería justo; ahora la necesitaban más que nunca.

—Quédatela, si quieres —dijo la voz de Edwina—, a mí no me sirve de nada. Jo la miró.

—Oh, no...

—Toma —dijo Edwina—, cógela.

Se la arrancó a Jo de las manos, la dobló de mala manera y se la metió en el bolso apretujándola entre Scot y Virgil, los amados compañeros de *Los guardianes del espacio* de Davey.

Aquella noche, Hilda y Bill no hablaban. Bill había merendado en el *pub* (bistec con patatas fritas) en lugar de esperar a llegar a casa para el bacalao con verduras al vapor. Los dos estaban furiosos con el otro y aquella noche el televisor se había convertido en su arma predilecta.

—No irás a ver esa basura, ¿verdad? —decía Hilda cada vez que Bill recorría los canales en busca del programa que quería ver.

Jo no tenía un particular interés en mirar la pantalla, pero tampoco tenía muchas ganas de cruzarse con la mirada de su madre. A falta de un sitio mejor, tenía los ojos clavados en la puerta que daba al pasillo.

—¿Qué pasa? —preguntó su madre.

—Voy a llamar por teléfono —se oyó decir.

—Muy bien, cariño. No tienes por qué pedir permiso.

Y así, Jo salió al pasillo y telefoneó a los Fitzgerald de Highgate, Londres.